

T EATRO

**Zarzuela,
un ensayo
muy interesante**

Nadie hubiera dicho que aquella era una noche de zarzuela. Durante muchísimos años la zarzuela ha sido un teatro sin pasión, un teatro somnoliento, interpretado rutinariamente, sin más diferencia perceptible que el mayor o menor lujo de los montajes. Eso, desde el punto de vista teatral, aunque creo que el capítulo lírico-musical ha participado totalmente de ese árido mecanicismo. Todo ello, en definitiva, porque la zarzuela ha dejado de ser una expresión contemporánea para convertirse en el documento de otros gustos o en el desencadenante de viejos recuerdos. Cantantes y directores de escena han procurado «conservar lo antiguo», «repetirlo», jugando, como único valor de «actualización», el despliegue de unos medios escenográficos y decorativos superiores. Pero siempre a niveles superficiales, poniendo purpurina encima de la reliquia, sin atreverse a mirarla un poco por dentro. La trayectoria del teatro de la Zarzuela, desde su última gran reforma y embellecimiento, es un ejemplo de lo que digo.

Ahora, con «El último romántico», se ha hecho una experiencia decididamente interesante. Al margen incluso de sus resultados, constituye el primer precedente de un tratamiento más actualizador que nostálgico. Enrique Llovet, que ha mostrado ya su criterio sobre el particular en dos celebradísimas versiones de Molière —«Las mujeres sabias» y «Tartufo»—, ha ampliado el marco de la zarzuela de Soutullo y Vert hasta tener que rebautizarla con el título de «El último romántico y su tiempo». Lo que presupone un intento de historización, de formulación escénica de la perspectiva con que un espectador de hoy ha de ver y entender la zarzuela de ayer. Las ambiguas conspiraciones del libreto original —de José Telleche— toman cierta consistencia documental, y los en-

redos sentimentales y las inevitables escenas de los graciosos pasan, gracias a la nueva estructura, a ser un elemento un tanto irónico y, como tal, soportable e incluso inteligente.

Al fondo del escenario transcurre la representación de la zarzuela original. En primer término, un grupo de actores —a modo de coro— comenta, amplifica, examina desde 1969 lo que la zarzuela le va proponiendo. Con frecuencia, escenifica algún texto de la España decimonónica —el famoso «Vuelva usted mañana», de Larra, por ejemplo—, procurando siempre que guarde alguna relación con la España de hoy. En varios momentos, para evitar la dualidad permanente, Llovet —y el director Gustavo Pérez Puig— mezcla los dos planos y hace que hablen los actores de uno con los cantantes del otro. En un par de ocasiones —y aquí cuentan los nombres de Waldo de los Ríos y del coreógrafo Portillo— incluso se bailan, con ritmos de hoy, por muchachas jóvenes y llenas de encanto, las melodías de la vieja zarzuela.

Quizá los resultados sean muy mejorables. Quizá la experiencia, totalmente insólita en el campo de la zarzuela española, haya servido para mostrar el comienzo de unos posibles caminos. Quizá la fortuna de los textos de Llovet, en su conexión con la zarzuela comentada y con nuestro tiempo, sea notoriamente desigual. Quizá sea también desigual la interpretación del valeroso y disciplinado grupo del T. E. I. Lo que es obvio es que «El último romántico y su tiempo» es un hecho altamente positivo en la adocenada historia moderna del teatro lírico español. El hecho de que a veces nos recordara «Adriá Gual y su época», de Salvat, o que por las localidades altas anduvieran desatados ciertos entusiasmos y hostilidades propios de una sesión de cámara, sólo es la prueba de que en la Zarzuela estaba ocurriendo, la otra noche, algo completamente nuevo.

Por otra parte, no debemos olvidar que el libreto de «El último romántico» es, desde su nacimiento, un adefeso. Estrenada en 1928, está muy lejos de la época viva del género chico y popular; no habla de lo que pasa sino de lo que pasó; la historia no es una realidad viva, sino el aparente pretexto para una parti-

tura. Aparece, pues, ante nosotros como un objeto decorativo, como un XIX reconstruido con criterios que uno declararía puramente ornamentales. Recordemos: 1928, Crepúsculo de la Dictadura. Esperpentos de Valle y marea revolucionaria. Fecha real del estreno, omitida por Telleche y ahora en la versión de Llovet. Porque ese sería quizá el problema último e insuperable de «El último romántico» y de tantas zarzuelas y dramas españoles: que no son de ningún tiempo preciso o que su tiempo anda escondido detrás de una palabra difícil de determinar, de un personaje secundario, de una oscura afinidad histórica que apenas se percibe.

¿Cómo iban los autores y responsables de este «El último romántico y su tiempo» a entrar en tan apasionante, oscura y delicada materia? ¿Cómo iban a llegar, entre coros y romanzas, a donde no llegan los autores dramáticos? El prometer tanto, al margen de lo que realmente dé, es el mérito, como digo, de este interesante ensayo realizado en el teatro de la Zarzuela! con un viejo título del género lírico español. ■ JOSE MONLEON.

C INE

**René Allio:
un joven
realizador digno**

Hay películas para las que el paso de los años, lejos de ser una rémora, es un catalizador. Recuerdo que cuando, hace años, vi por primera vez «La vieille dame indigne», interesándome muchísimo, no me gustó demasiado. Una visión posterior, sin embargo, hace que el film gane múltiples bazas. En estos años se ha replanteado seriamente la cuestión del naturalismo, la de la modernidad. «La vieille dame indigne», que quizá pudiera parecer un film no excesivamente moderno en el momento de su realización, precisamente porque lo era realmente, sin afán de epatar y sin alardes caligráficos, cinco años después lo es hasta la médula. El «brechtianis-

mo», que entonces era una cuestión de moda y en función del cual se rechazaba cualquier producto no suficientemente «distinguido», se ha sedimentado. La verdadera importancia del autor de «El círculo de tiza caucásico» empieza a comprenderse, más allá de sus elementos puramente «formales» o aparentemente «de fondo», a raíz de la asunción de lo más válido de sus postulados por quienes vienen detrás. Y entre ellos hay que contar, sin ningún género de dudas, a René Allio.

Decorador durante años en la compañía de Roger Planchon, Allio sintió en un momento dado la necesidad de pasar a la dirección, y más precisamente a la dirección cinematográfica. Rodó, primero, un film que formaba parte de una representación teatral. Luego, un cortometraje concebido y directamente para la pantalla, «La Meule». Su primer largo, que ahora se proyecta al fin en pantallas españolas, es, en primer lugar, todo lo contrario a un film «de decorador». Rodado íntegramente en escenarios naturales —tanto los interiores como los exteriores—, el film podría considerarse, en una visión puramente aparental, como naturalista y psicológico. Nada más lejos de la realidad. El análisis del comportamiento de madame Berthe Bertini está hecho no sólo en función de un estudio introspectivo, sino en la de unos condicionamientos socioeconómicos y, aún más allá, estructurales. Sin pretender ser en ningún momento simbólica, la película es, sí, representativa, lo mismo que su personaje central, magistralmente encarnado por Sylvie. Si Lampedusa y Visconti nos decían, en «El gatopardo», por boca de Tancredi, que «para que nada cambie todo tiene que cambiar», Allio, siguiendo a Brecht en el maravilloso poema que sirve de encabezamiento al film, nos dice que «para que algo cambie tiene que cambiar todo». «La vieille dame indigne» es, en este sentido, y al margen de todo didacticismo, una reflexión, casi un panfleto, sobre la inversión de los valores en la sociedad burguesa. Berthe, hija, esposa, madre, hasta más allá de los sesenta años, sólo empezará a ser mujer —por un breve plazo de dieciocho meses— a la muerte de su marido...

Este tema de la desalienación a través de la muerte de un ser querido parece gozar de la particular afición de René Allio. No conozco «L'âme et l'autre», su segundo film, pero «Pierre et Paul», su tercera obra, que se exhibió en el último Festival de San Sebastián, parte, por diferentes vías, de idénticos presupuestos. Si en «La vieille dame...» es una anciana la que, al perder a su marido, se da cuenta del fracaso que ha constituido su vida anterior, en «Pierre et Paul» es un hombre lo que se llama «bien situado» el que, al fallecimiento de su padre, toma conciencia de la inutilidad de la suya y se pone en movimiento contra la sociedad de consumo utilizando



Madame Sylvie: «La vieille dame indigne».

métodos románticos, alienantes en último término en su extremidad.

El gran interés de Allio estriba en su postura de plantear crisis individuales que normalmente el cine plantea a escala de alta burguesía, cuando las plantea, en medios sociales distintos; en renunciar a mostrar capas sociales del último escalón únicamente como elementos de un juego sociológico, sino como estratos compuestos de individuos en los que los problemas se presentan con una acuidad infinitamente superior a la de sus equivalentes en otras clases. Hombre de extraordinaria sensibilidad, como lo demuestra «La vieille dame...», Allio, con todo, está por dar su gran obra, que puede llegar de un momento a otro. Y que, a juzgar por lo ya conseguido, será ciertamente excepcional. ■ C. S. F.